MAGIA Y RELIGIÓN NÓRDICAS

JAVIER ARRIES

Luciérnaga

MAGIA Y RELIGIÓN NÓRDICAS

JAVIER ARRIES

Ediciones Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Javier Arries, 2019
© de las imágenes de interior: Staffan O Andersson /Wikimedia; Internet Archive Book Images / Visualhunt; Javier Arries

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2019

© Edicions 62, S.A, 2019
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-94-4

Depósito legal: B. 18.223-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Agradecimientos 11
Prefacio e introducción 13

Marco histórico. Viaje en el tiempo al lejano norte. 21
La Edad del Bronce y la Edad del Hierro. 22
El país de los germanos. 26
La época de las grandes migraciones. 28
De la furia de los hombres del norte,
líbranos Señor 32
Retrato de un pueblo 34
Ritos funerarios, dioses y sacrificios 38
Wodan, Odín 42
Ziu, Tyr 46
Donar, Thor 48
La diosa Nerthus 49
Otros dioses y héroes míticos 52
Magia y ritos adivinatorios. 56

Odín y los æsir 63
El origen de todo. Cosmogonía y cosmología 65
Los mundos y las moradas de los dioses 67
Odín, padre de los dioses 71

Odín y la sabiduría 73
La poesía es magia 76
Valkirias. Las doncellas de Odín 80
Frigg, la mujer de Odín 89
Thor. El dios del trueno. 91
Tyr y Heimdall 98

Njörðr y los Vanir 103
Freyr y Gerðr 105
Freya y Óðr 110
La muerte de Balder. El principio del fin 112
Y se acerca el Ragnarök 115
Espacios y tiempos sagrados. El culto a los dioses 118

La magia de la gente invisible 129
Magia élfica 130
Magia contra elfos y otras criaturas
de pesadilla 132
Enanos, genios del agua y otros magos
invisibles 139

La naturaleza del poder mágico 145
Magia y chamanismo 146
Los berserker 155
El Seid (Seiðr) 158
El Galdr 167

Magia para casi todo 173
Invisibilidad y control de la mente de otros 173
Amuletos, talismanes y armas mágicas 177
Magia para la victoria. 184
Maldiciones y magia nociva 186
Sueños, videncia y adivinación 192
Sanación. 196
Control del tiempo y de los fenómenos naturales 201
Nigromancia y muertos inquietos 203

Runas. Un alfabeto mágico 219
Futhark antiguo 223
Futhorc, el futhark anglosajón 224
El futhark joven, nuevo o escandinavo 226
Conociendo las runas 228
Cómo se emplean las runas 240
Criptología rúnica 249

Magia rúnica 253
Runas de protección y buena suerte 256
Runas para la fertilidad y la abundancia 261
Runas de amor y desamor 265
Runas de sanación 272
Runas para maldecir 278
Runas de cerveza 285
Runas de guerra y caza 286
Runas y adivinación 292

La llegada del cristianismo 295
La magia nórdica tras la cristianización 302
Las nuevas palabras mágicas 308
Números mágicos 315
Magia conmemorativa y nombres divinos 318

Magia negra, brujas… y hogueras 323
Grimorios y magos 324
Talismanes y sigilos en los libros de magia 335
La gente astuta 336
La caza de brujas 344
Procesos por brujería en Islandia 347
La brujería en Dinamarca 348
La brujería en Suecia 353
La brujería en Noruega 359

Magia rúnica y nórdica hoy 365
Hacia una nueva visión de la magia rúnica 367
Runosofía 370

El ocultismo rúnico después de la Segunda Guerra Mundial. 373
Neopaganismo 374

Apéndice A. Textos 379
El Ljóðatal 379
El Conjuro de las nueve hierbas 382

Apéndice B. Talismanes, sellos y sigilos 385

Glosario 387
Bibliografía y fuentes. 391

MARCO HISTÓRICO. VIAJE EN EL TIEMPO AL LEJANO NORTE

Durante mucho tiempo, para los viajeros procedentes del sur, del soleado Mediterráneo, los bosques del frío norte eran lugares terroríficos. Nieblas, pantanos, animales desconocidos… Un halo de misterio y de superstición cubría las tierras más allá del Rin y del Danubio. Cuando se penetraba en aquel mundo sombrío, lo urbano, lo conocido y familiar, lo civilizado, se quedaba atrás. Al otro lado de las riveras habitaban gigantes fieros, bárbaros de costumbres extrañas y divinidades tan feroces como ellos mismos, habitantes de una tierra poblada por genios y seres terribles y misteriosos. Durante siglos, el desconocimiento de aquellas tierras y de sus pobladores alimentó las pesadillas de aquellos que se internaban en el territorio ignoto del norte de Europa. Vamos a viajar hasta allí para asistir al nacimiento de un conglomerado de pueblos que tenían, dentro de las singularidades de cada tribu, muchas costumbres comunes y que compartían una familia de lenguas emparentadas directamente entre sí, un grupo de gentes que los romanos acabaron denominando, de forma genérica, *germanos*. Las lenguas germánicas son un rasgo de identidad para definir ese conglomerado de pueblos. Todas ellas provienen de un lenguaje común más antiguo llamado protogermánico.

Algunas de esas lenguas han desaparecido, como el gótico, la lengua que hablaban los godos, pero en la actualidad forman parte

de ese tronco común el inglés, el holandés, el alemán, el danés, el noruego, el sueco, el islandés y otros. Todas ellas derivan de ese lenguaje más antiguo conocido como protogermánico, que derivó a su vez del protoindoeuropeo, del que derivan otros muchos idiomas como el latín y, por tanto, nuestro propio idioma. Seguirle la pista al protogermánico implica adentrarnos en la historia y en los orígenes de los pueblos germánicos. Comenzamos aquí nuestro viaje; un viaje que da comienzo en una extensa región que abarca el sur de Noruega y de Suecia, Dinamarca, los Países Bajos y la costa báltica al norte de Polonia. Entre el 4200 y el 2800 a. C. florece allí una cultura llamada Cultura de los Vasos de Embudo. Pero en poco menos de dos generaciones, hacia el 2900 a. C., aparece un nuevo horizonte cultural que los historiadores han dado en llamar Cultura de la Cerámica Cordada, o Cultura del Hacha de Combate. Es aquí donde muchos académicos sitúan la llegada del protoindoeuropeo, el antecesor del protogermánico. Mientras, hacia el 2700 a. C., comienza un cambio climático que va a ir atemperando las duras temperaturas y marcará el fin de la Edad de Piedra.

La Edad del Bronce y la Edad del Hierro

Comienza la Edad del Bronce nórdica, que se desarrolla en la costa sur de Escandinavia y en Dinamarca. Es un periodo que cubre del 1800 al 500 a. C. Un periodo en el que la ruta del ámbar, resina del norte de Europa muy apreciada en el Mediterráneo, permitió el comercio fluido y el contacto con culturas mucho más al sur. Los petroglifos de la época muestran ruedas solares y otros símbolos que nos hablan de cultos solares. El sol parece concebido como un dios que se mueve a través del cielo en un carro tirado por caballos. El carro solar de Trundholm, en Dinamarca, es una buena muestra de esta creencia. Se trata de una estatua del 1300 a. C., fabricada en oro y bronce, de poco más de medio metro de altura, que representa al sol llevado sobre un carro de ruedas de cuatro radios tirado por una yegua. Fue una ofrenda dejada en un pantano. Es precisamente en este tiempo cuando los pantanos, considerados lugares sagrados asociados a la divinidad, empiezan a recibir todo tipo de ofrendas y sacrificios.

Abundan los petroglifos que representan barcos. Por otra parte, ciertos megalitos alineados para simular la forma de barco parecen confirmar la importancia de la navegación como medio de transporte de mercancías. Los cuerpos son enterrados y se construyen túmulos, colinas artificiales sobre las tumbas. Los ajuares que acompañan los cuerpos son la prueba de que se creía que, tras la muerte, el difunto disfrutaba en el más allá de una vida similar a la que había llevado hasta el momento de la muerte. Pero al mismo tiempo empiezan a practicarse rituales de cremación, como si se estuviera imponiendo un nuevo modelo religioso en el que el alma se considerara algo que debe ser liberado del cuerpo. Es aquí donde la mayoría de los investigadores sitúa el origen de la cultura protogermánica, a la que identifican con la llamada Cultura de Jastorf, que nace en la Edad del Hierro y abarca un periodo que va del siglo IV al I a. C., siglo este último en el que los germanos entrarán en contacto con los romanos. La cultura de este periodo está influida por la Cultura de Hallstatt, identificada con los primeros celtas y que prospera en Alemania del Sur y en los Alpes. La convivencia con estos vecinos celtas del sur, durante la anterior Edad del Bronce, influyó en algunas de las ideas religiosas y mágicas de los germanos. De este tiempo datan algunas figuras antropomórficas llamadas «dioses palo» porque son figuras, supuestamente de dioses, talladas de forma muy burda en ramas y troncos de árboles. Algunos ejemplos son las dos figuras de Braak Bog, encontradas en una turbera al norte de Alemania; el ídolo de Broddenbjerg, que es una rama de roble con una forma de horquilla, una de cuyas ramas, al lado de otras dos que simulaban piernas, representa un falo, y la superior donde se talló una cabeza de manera muy burda; o las que se han encontrado en el pantano alemán de Oberdorla.

Los sucesores de la Cultura de Hallstatt son las gentes que protagonizan la segunda oleada celta, la Cultura de La Tène, que nació en los Alpes y acabó extendiéndose por el sur de Alemania, Francia, los Países Bajos, Inglaterra, Irlanda, la cuenca del Danubio, parte de Turquía y la zona noroeste de la península ibérica. Son los britanos, los galos, los gálatas… El nombre de Galicia y de otros muchos lugares de Europa se debe a ellos. Los germanos de la Cultura de Jastorf, confinados al norte de Alemania y el sur de Escandinavia

Petroglifos de la Edad del Bronce en la región de Tanum, en Suecia.

tenían a estos celtas de la Cultura de La Tène como sus vecinos, al sur y al oeste. Mientras, los protogermanos continuaron con los enterramientos tradicionales de las culturas de las que ellos eran sucesores, incinerando los cadáveres y enterrando las cenizas, que guardaban previamente en urnas.

Hacia el año 250 a. C., el idioma común protogermánico derivó en varios lenguajes, de los que derivan los idiomas germánicos actuales. Tres de estos lenguajes están englobados dentro del llamado grupo occidental, que incluye el inglés, el alemán y el holandés. Otro era el nórdico, del que derivaron el danés, el sueco, el noruego, el islandés y el feroés. El grupo oriental lo componen una serie de lenguajes ya extintos, como el godo o el vándalo. Antes de esto, los germanos empezaron a entrar en contacto con sus vecinos no celtas más al sur. Uno de esos primeros encuentros entre mediterráneos y germanos se produjo en el siglo IV a. C., cuando Piteas, un marino griego de la colonia helénica de Marsella, alcanzó el mar del Norte. Fue él quien habló por primera vez de la mítica y lejana Thule. Todavía hoy se discute si se trata de Islandia, alguna de las islas del archipiélago de las Feroe o de la costa noruega.

Pronto las gentes del sur, griegos y romanos, conocerían la existencia de los pueblos germánicos que estaban, hasta el momento,

más allá de las poblaciones celtas del Rin y el Danubio. Y es que, aprovechando el vacío demográfico que los celtas dejaron al emigrar a Francia, España, etc., debido a un cambio climático que afectó al norte de Europa, los pueblos germánicos empezaron a expandirse hacia el este, hacia el sur y hacia el oeste. Hacia el 230 a. C., los esciros —desde Polonia— y los bastarnos emigran hacia el sur, pero no llegan a entrar en conflicto con Roma. Firman un tratado de paz y se dirigen hacia el mar Negro, donde toman Olbia, una ciudad griega del mar Negro. La situación empeora cuando hacia el año 113 a. C. una confederación de tribus cimbrias, empujadas por las malas condiciones climáticas que mencionábamos antes, iniciaron una migración desde sus tierras de Jutlandia, en la actual Dinamarca, la costa del Báltico y el sur de Escandinavia, que hizo peligrar la existencia de la propia Roma. Descendiendo hacia el sureste se les unieron los teutones y pelearon contra otras tribus en su viaje hacia el sur. Muchas de ellas, como los ambrones, queruscos, marcómanos y otros, se les unieron en su marcha hacia los Alpes.

Una vez allí Italia estaba expuesta a su avance, pero al final decidieron penetrar en la Galia, donde infligieron una catastrófica derrota a los romanos. Mientras los teutones permanecieron en la Galia, los cimbrios atravesaron el norte de Hispania. Y siguieron con sus correrías por la Galia, donde iban derrotando a las tropas romanas que se encontraban en su camino, hasta que fueron detenidos por los celtíberos y volvieron a la Galia. El miedo se apoderó de los romanos, que pensaban que en cualquier momento los bárbaros entrarían por sus puertas. Pero para cuando decidieron entrar en Italia los romanos ya se habían recuperado. Tras una serie de vicisitudes, por un lado, los teutones y los ambrones fueron derrotados, y, por otro, fue aniquilado el ejército cimbrio. Las mujeres cimbrias, para evitar la esclavitud, mataron a sus hijos y luego se suicidaron. Las guerras cimbrias duraron diez años en los que Roma estuvo a punto de ser saqueada por aquella coalición de tribus germánicas y célticas. Aún no se usaba el término *germánico* para definir a aquellas tribus del norte vecinas de los celtas.

El país de los germanos

Al margen de menciones anteriores poco claras, es Julio César (100-44 a.C.), el que generaliza entre los autores y escritores romanos la palabra *germano*. Lo más probable es que esta sea de origen galo y que se trate de una voz con la que este pueblo designaba a sus vecinos de la ribera occidental del Rin. Y ese sería precisamente su significado, «vecino», o bien «hombre del bosque». César utiliza indistintamente otra palabra para definirlos: *suevos*. Y esta sí que es una palabra germánica, aunque, en cualquier caso, parece que los pueblos germánicos no usaban una palabra para definirse a sí mismos como una entidad étnica común.

Es precisamente con Julio César con quien se produce el segundo choque entre romanos y germanos. Hacia el 72 a.C., una tribu gala, los sécuanos, llamaron a un jefe suevo, Ariovisto, para que los ayudara en la guerra que mantenían junto a sus aliados los galos avernos frente a los eduos, aliados de Roma. Ariovisto cruzó el Rin junto a 15.000 hombres. Posteriormente se le fueron uniendo familias enteras de suevos, marcómanos, harudes y otras tribus procedentes de la orilla este del Rin, hasta que se alcanzó la cifra de 120.000 almas. Ariovisto al final intentó asentarse en las tierras de unos y otros, en lo que ahora es Alsacia, y los galos llamaron en su auxilio a los romanos. Los guerreros galos describieron a los germanos como altos, fornidos, valientes y con una mirada que causaba terror. Tal fue la pavorosa descripción que hicieron de ellos, que muchos legionarios querían evitar el combate y volver a casa. Julio César los arengó y los convenció para que se quedaran. Por fin, los 30.000 guerreros de la confederación de pueblos germanos dirigida por Ariovisto fue derrotada por las tropas de César en la batalla de los Vosgos, que tuvo lugar el año 58 a.C.

El emperador Augusto (63 a.C.-14 d.C.) reforzó las fronteras con la creación de fortificaciones en ambos ríos. Al mando de Druso, se realizaron además campañas en el interior de las tierras de los germanos, y se llegó hasta el río Elba con el objeto de pacificar la frontera norte. Es precisamente en tiempos de Augusto cuando tiene lugar uno de los sucesos más desastrosos en la historia militar de Roma, un hito protagonizado por un caudillo de la tribu de los que-

ruscos, Arminio, versión latinizada de su verdadero nombre, Armin. Arminio, hijo de un caudillo querusco, fue llevado a Roma como rehén, cuando era un niño, para asegurar que su padre cumplía los tratados de paz que había firmado con Roma. Arminio creció como un romano e incluso consiguió el estatus de caballero. Fue enviado junto al militar Publio Quintilio Varo a la tierra de sus padres. Pero al ver el modo en el que los romanos maltrataban a los suyos decidió rebelarse contra Roma. Un día de otoño del año 9 d.C., un ejército de queruscos y otros guerreros germanos comandados por él sorprendió a las legiones de Varo en el bosque de Teutoburgo. Las legiones XVII, XVIII y XIX cayeron en una emboscada que se convirtió en una carnicería. Los tribunos y los primeros centuriones capturados fueron sacrificados a los dioses de la guerra en altares, como era costumbre entre galos y germanos. Aquel sangriento suceso estremeció a Roma, cuyo orgullo sufrió un duro golpe. Ninguna legión volvió a llevar la numeración de las legiones perdidas. Y Augusto, en momentos de desesperación, se golpeaba la cabeza contra una puerta y gritaba: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!». Julio César Germánico fue el encargado de pacificar la zona, de enterrar los cuerpos de los caídos, y de recuperar los emblemas y estandartes de las legiones.

A partir de entonces, Roma abandona su política expansiva y se limita a reforzar el *limes germanicus,* la frontera con los pueblos germánicos. Cerca del año 80 d.C., Plinio el Viejo escribe su *Naturalis Historia (Historia Natural)*, en la que habla de las numerosas tribus germánicas reunidas en cinco grandes confederaciones: los ingvaeones, situados en Frisia y la actual Dinamarca (Jutlandia y las islas); los istvaeones, ubicados en los Países Bajos, el norte de Francia y del Rin; los hermiones, que se expandieron desde las riberas del río Elba a Bohemia, Suabia y Baviera; los vandili o vándalos, originarios de las costas bálticas de Alemania y Polonia; y los peucini o bastarnos, entre los Cárpatos y el Danubio, y de los que no queda muy claro si eran germanos o celtas.

Entre los años 96 y 98, los suevos hacían incursiones en la Selva Negra, aunque fueron frenadas con éxito. Pero, a mediados del siglo II, los gépidos y los godos, habitantes del sur de Escandinavia, comenzaron una migración hacia el sur. Los godos atravesaron

Polonia, Bielorrusia y se asentaron en la actual Ucrania. El empuje de estos pueblos obligó a las tribus con las que se encontraban a escapar y emigrar más al sur, obligando a su vez a hacer lo propio a aquellas tribus que encontraban en el camino. Por último, los que estaban en el limes en la frontera con el Imperio, marcómanos, cuados y otros se vieron obligados a tratar de cruzar el río hacia tierras de Roma. Aquel fue el origen de las tres guerras marcómanas, que abarcaron casi un cuarto de siglo en un periodo que va desde el año 165 hasta el 189. Marcómanos, cuados, catos, caucos y otros pueblos germánicos de las riberas del Danubio trataron de pasar al otro lado del río e invadir los territorios romanos. Los bárbaros llegaron hasta la ciudad de Aquileia en el noreste de Italia. Desde allí penetraron por el este hasta Grecia. Mientras esto ocurría al sur del Rin, en el norte, en el oeste y la costa atlántica, entre los años 166 y 234, los caucos, los alamanes y los frisios llevan a cabo incursiones en territorio romano. Los germanos experimentaron una explosión demográfica que sería un elemento clave para entender lo que se avecinaba en el siglo III, el siglo que dará comienzo a las grandes invasiones, un periodo de grandes migraciones que abarcará desde el siglo III hasta el VII, la llamada Antigüedad Tardía, periodo de transición entre la Antigüedad y la Edad Media.

La época de las grandes migraciones

Una de las primeras tribus en hacer acto de presencia tras la frontera fue la de los godos que se habían instalado en Ucrania. Acabaron dividiéndose en visigodos, o godos del oeste, y en ostrogodos, o godos del este. Ambos grupos penetraron por el Danubio hasta los Balcanes y Roma se vio obligada a concederles tierras. Como a juicio de los godos el trato no se cumplió del todo, se dedicaron al saqueo, y el emperador les concedió en el año 382 un *foedus* en Tracia, la actual Bulgaria. Eso los convertía en federados de Roma y tenían que asistir a las legiones romanas como tropas aliadas. El resultado de su larga permanencia en territorio romano favoreció una ligera romanización; incluso se convirtieron al arrianismo, secta cristiana que acabaría siendo declarada herética el año 381 en el Concilio de

Constantinopla. Los tratados llamados federaciones, por los cuales un contingente bárbaro recibía alimentos o tierras donde asentarse, a cambio de proporcionar guerreros y defender las fronteras del Imperio, se extenderían también con el tiempo a los francos, los alanos, los vándalos y otros. La fuerza militar romana cada vez dependía más de estos pueblos bárbaros que actuaban como *foederati*.

Europa se estaba convirtiendo en un campo de batalla… En el año 253, los francos y los alamanes atravesaron el Rin e irrumpieron en la Galia, mientras en el norte los francos de la costa, los hérulos y los piratas sajones se dedicaban a atacar las costas galas. Un grupo de francos y alamanes llegó hasta Tarraco, la actual Tarragona, e incluso habrían atravesado la península, y atacado el norte de Marruecos y Mauritania. Por si fuera poco, los hunos, una confederación de pueblos nómadas procedentes de las estepas, irrumpió desde la Europa del Este empujando a otros pueblos bárbaros que se encontraban en su camino. Hacia el año 375 derrotaron a los ostrogodos. Al año siguiente derrotaron a los visigodos, que se vieron obligados a pedir asilo en el Imperio romano de Oriente. Los francos se hicieron federados de Roma, que les concedió un asentamiento permanente en lo que hoy es Bélgica y los Países Bajos. Aunque ayudaron a defender el limes, los francos aprovecharon para conquistar la Galia.

El invierno del año 406 fue tan frío que el Rin se heló, lo que permitió el paso de los suevos, de los vándalos y de una tribu no germánica de ascendencia iraní, los alanos, todos ellos presionados por el avance de los hunos. Los alanos, dirigidos por Adax, se establecieron en Lusitania y la Cartaginense. Los vándalos, procedentes de Escandinavia, se dirigieron primero a los Cárpatos, donde se convirtieron al arrianismo. Luego emigraron hacia el oeste y atravesando la Galia pasarían a Hispania. Los vándalos asdingos se dirigieron hacia el noroeste, a Asturias y la zona oriental de Galicia. Los vándalos silingos se dirigieron hacia el sur, hasta el valle del Guadalquivir. En el año 429, empujados por los visigodos, 80.000 vándalos, distribuidos en 80 navíos, bajo el mando de su rey Genserico, cruzaron el estrecho de Gibraltar y crearon un reino en el norte de África con capital en Cartago, desde cuyas costas hostigaron, como piratas marinos, el litoral mediterráneo. En el año 455

Fíbulas y placas visigodas en el Museo Arqueológico Nacional. Pese a que cuando invadieron Hispania los visigodos se habían convertido al arrianismo, en algunos objetos pueden rastrearse rasgos ornamentales paganos. Obsérvese la esvástica como símbolo solar sobre la grupa de un caballo en la imagen de abajo. Fotografías de Javier Arries.

llegaron a saquear Roma. Empujados como los vándalos por los hunos, unos 20.000 suevos también penetraron en la Galia para acabar asentándose en Hispania, donde crearon un reino en el noroeste. Se estima que en total penetraron en Hispania unos 100.000 bárbaros, contando a hombres, mujeres y niños. Su presencia queda patente en topónimos como el de Suevos —localidad de A Coruña—, Puerto de Alano en Huesca y Villalán (Villa Alano) en Valladolid.

En el 410 los visigodos saquean Roma bajo el mando de su rey Alarico, y se establecen en el sur de la Galia creando un reino con

capital en Tolosa, desde el que fueron conquistando la península ibérica, a excepción del reino suevo de Galicia, que se mantuvo independiente hasta el 585. A partir de la segunda mitad del siglo V, los jutos, de la península de Jutlandia (la parte continental de Dinamarca), los anglos y los sajones, que junto a los hérulos habían estado asolando como piratas las costas galas, cruzan en sucesivas oleadas el Atlántico y se asientan en Britania. Los hérulos, precediendo en esto a los vikingos, llegaron incluso a las costas españolas según una crónica del obispo Hidacio. Fue en el año 456 cuando llegaron unos cuatrocientos hérulos, distribuidos en siete embarcaciones. Desembarcaron en la costa de Lugo, y, tras ser rechazados, se dirigieron, ya de retorno a casa, al golfo de Vizcaya, atacando de manera crudelísima, dice la crónica, a los cántabros y a los vardulios, población prerromana que estaba asentada en la Vasconia oriental. En el 459, tras atacar las costas gallegas, y bordeando el litoral portugués, llegaron hasta la Bética.

Las cosas en Italia no estaban mucho mejor. El año 476, Odoacro, jefe de un grupo de hérulos que había llegado hasta el Danubio, derroca al último emperador del Imperio romano de Occidente y se convierte en rey de Italia hasta la llegada de los ostrogodos al mando de su rey Teodorico el Grande. Teodorico mató a Odoacro y se convirtió a su vez en rey de Italia en el año 489. Este es un hito histórico importante, porque para la historiografía más conservadora supone el fin oficial del Imperio romano de Occidente. Rómulo, depuesto por Odoacro, fue el último emperador romano de Occidente.

A principios del siglo VI, los francos, recientemente convertidos al catolicismo, avanzan hacia el sur de la Galia y, el año 507, expulsan a los visigodos, los cuales se ven obligados a retirarse a Hispania, y a establecer su capital en Toledo. En el año 568 irrumpió en Italia otro pueblo cuya patria primigenia parece estar en Escandinavia, los longobardos, llamados así por sus largas barbas. Dirigidos por su rey Alboíno crearon allí el reino lombardo, que sucumbió el año 774 conquistado por los francos. Los longobardos, o lombardos, dieron nombre a la actual provincia de Lombardía, cuya capital es Milán, en el norte de Italia. La desaparición del Imperio romano de Occidente y la aparición de los reinos germanos, cristianizados y latinizados son en buena medida los hitos que dan comienzo a la

Edad Media. Los francos, los godos y buena parte de la población en general se habían convertido al catolicismo. Mientras, en Escandinavia, aún pagana, y en concreto en Suecia, comenzaba la llamada Era de Vendel, un periodo que va del año 550 al 790 y que se desarrolla en torno a la región de Uppland, con un importante centro político y religioso en Uppsala, donde había un bosque sagrado y un importantísimo templo con el que nos encontraremos con frecuencia a lo largo de estas páginas. Los suecos mantienen en esta era contactos con Europa Central y empiezan a abrir rutas comerciales en Rusia que culminarán en la época vikinga.

De la furia de los hombres del norte, líbranos Señor

La época vikinga se inicia aproximadamente el año 790 y concluye sobre el 1100, y tiene como protagonistas a los habitantes del sur de Escandinavia y de Dinamarca. El nombre *vikingo* en realidad no corresponde a una etnia, sino a una actividad que se realizaba en verano y que incluía el comercio y la rapiña en expediciones navales. El 8 de junio del año 793, un grupo de vikingos asalta la abadía de Lindisfarne, una isla al norte de Inglaterra. Fue la primera incursión seria en territorio inglés de las muchas que le siguieron y que sembrarían el terror en las costas de la Europa cristiana. *A furore normannorum libera nos domine*, «De la furia de los hombres del norte, líbranos señor». Esta fue la plegaria que comenzó a hacerse popular en los rezos de los monasterios ingleses. Vikingos noruegos y daneses asolaron durante muchos años las costas inglesas, escocesas, galesas e irlandesas, y llegaron a crear asentamientos permanentes.

Los francos tampoco se libraron de sus embates. Llegaron a establecerse como colonos en la región que aún hoy se llama, por ellos, Normandía, la tierra de los hombres del norte. En diferentes ocasiones, sitiaron París remontando el Sena y obtuvieron un rico botín y sustanciosos rescates. La mayoría de ellos eran daneses, algunos noruegos y pocos, los menos, suecos. Muchos de ellos continuaban por la costa hasta llegar a Hispania. En el año 844, hasta 54 naves

desembarcaron en las costas de Gijón. Sus correrías duraron años. Ascendieron, navegando, por la ría de Arosa hasta que Ramiro I de Asturias los derrotó en A Coruña. Desde allí continuaron su viaje por el litoral portugués, atacando Lisboa y Cádiz, y remontando el Guadalquivir para atacar Sevilla. Después le tocó el turno a Algeciras, Orihuela, las Baleares… Se establecieron en la Camarga francesa, desde donde atacaron Arles y Nimes en Francia. Desde allí sus barcos remontaron el Ebro y atacaron Pamplona. En años sucesivos, la península será el escenario de otras incursiones parecidas.

No todo era guerrear. Vikingos noruegos colonizan Islandia a partir del siglo IX. Desde allí, Eirik el Rojo parte hacia el oeste y descubre Groenlandia, donde se crea un asentamiento desde el cual varios navegantes, en el año 986, navegando hacia el oeste habrían localizado una tierra de clima templado a la que denominaron Vinland. Probablemente no era otra cosa que la costa de la americana isla de Terranova. Crearon un asentamiento al norte de la isla, pero no perduró debido a las duras condiciones del entorno y a los enfrentamientos con los nativos, a los que ellos llamaron *skrelingar*, el mismo apelativo que utilizaban para los esquimales groenlandeses. La otra gran ruta recorrida por los vikingos, sobre todo suecos, está en el este de Europa, donde eran conocidos como varegos. Aprovechando vías naturales como el río Volga, y otras rutas que partían desde las costas polacas y bálticas, los varegos alcanzaban tanto el mar Caspio como el mar Negro, atravesando las tierras de lo que hoy son Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Los pueblos eslavos de estas regiones los llamaban *rus*, palabra de la que derivaría el nombre de Rusia. Muchos de ellos iban hasta Bizancio para servir como mercenarios en la guardia personal del emperador, la llamada guardia varega; otros actuaban a través de estas rutas como comerciantes o como piratas. Poco a poco, las diferentes comunidades vikingas fueron aceptando el cristianismo y las incursiones descendieron, los países escandinavos se constituyeron en reinos (Noruega, Suecia, Dinamarca…) y llegó el fin de la época vikinga.